

La idea es ya antigua; la expresaba F. C. Schiller a principios de siglo con estas palabras: «El mundo es lo que hacemos de él. Nada permite definir lo que era en su origen ni lo que sería sin nosotros.» Hoy la encuentro en las cartas de Henry Russell, aquel pirineísta ilustre que viajó y escribió a fines de la centuria pasada: «no hay panorama contemplado desde lo alto de la montaña que no haya sido antes descubierto por el esfuerzo de la ascensión y de la aventura».

La técnica turística ha instalado hoy grandes teleféricos que permiten al turista alcanzar, en pocos minutos y sin esfuerzo, algunas de las más elevadas cumbres. Sin embargo, creo que media entre esta contemplación panorámica y la del que la alcanzó por su propio esfuerzo la misma diferencia que separa al

Si no hay un orden inmutable de causas ni de normas, habrá el hombre de escoger su destino en la soledad y en el abandono, pero será en este escoger donde cada hombre cree su propia personalidad, porque su ser es temporal, esto es, proceso acumulativo de auto-

COMPROMISO Y "APPRIVOISEMENT"

Por RAFAEL GAMBRA.

cine de la realidad. El caminante que vence una alta cima se ha comprometido en la montaña, y la montaña, en cierto modo, se ha hecho suya. Se trata precisamente de las nociones complementarias de *engagement* y de *apprivoisement*, tan acreditadas en la filosofía contemporánea. En la aventura de una ascensión de montaña cada perspectiva ganada, cada nuevo plano de horizonte, cada riesgo y cada conquista crean lazos vivos entre montaña y montañero hasta que, en el último esfuerzo, el viento de las cumbres rinde al contemplador esa especie de plenitud en que el panorama final se hace, más que contemplación pura, vivencia y aun creación personal.

El término *engagement* puede traducirse por *compromiso*, aunque insuficientemente, porque supone también la noción de *entrega* al objeto o a la acción misma. Es una idea renacida en el existencialismo, que le ha otorgado un sentido muy radical y un largo desarrollo. Cuando falla en Occidente la confianza en la estructura racional del Universo y se reconoce a éste como absurdo, surge para el hombre contemporáneo el sentimiento de la angustia existencial, es decir, la vivencia de lo que es sin fundamento esencial, que igualmente podría no ser o ser de distinto modo. Angustia y abandono determinan en el hombre existencialista el imperativo de *engagement* o entrega activista a la existencia misma.

creación. Y sólo a través del compromiso con la existencia concreta, irreversible, adquiere sentido y valor la vida del hombre. Es la mística del activismo y del compromiso puro: "S'enfoncer dans un acte inconnu comme dans une forêt" —ha escrito Sartre. *Un acte. Un acte qui engage et qu'on ne comprend jamais tout à fait.*

Consecuencia de esta actitud inicial ha sido —lo ha destacado Monnier— un cambio radical en el esquema o imagen que la filosofía se forja del hombre o del Yo como sujeto de conocimiento y de acción. Para la mentalidad racionalista de las anteriores centurias, esa imagen era la de un puro receptáculo, un algo perfecto y pasivo, sujeto de la racionalidad y de la bondad natural roussoniana, que habría de liberarse o desvincularse de cuanto le constriñera para expresarse en su verdadero y valioso ser. A título de realidad primera, el Yo teórico —racional y completo en su ser— era el sujeto de la teoría del conocimiento y de la ética formal en que se cifró la filosofía de aquella época.

Para la mentalidad existencialista, la Razón ha dejado de ser la esencia del Universo y el instrumento para penetrarlo y dominarlo. En consecuencia, el Yo deja de concebirse como un sujeto de pura racionalidad que ha de liberarse de cuanto le ate al exterior, para ser interpretado como un agente *in fieri* de su propia vida y del sentido de la realidad. Su nuevo símbolo o imagen será el de *irrupción* o, como dicen los franceses, *éclatement*: entrega autocreadora y transformadora de la realidad, donación libre que brota de un interno impulso vital y se realiza en las cosas, vitalizadas por el propio sujeto. «La libertad —dice Sartre— no es una virtud interior que permite al sujeto desentenderse de las situaciones más urgentes. Sino al contrario, el poder de comprometerse libremente en la acción presente y de construirse un futuro.» O lo que es lo mismo: no se es libre más que si se utiliza la libertad en comprometerse con lo real concreto.

Si se prescinde de la metafísica y de la intención nihilistas que hayan inspirado el renacer de esta idea, no cabe dudar que la noción de *engagement* encierra una realidad y un imperativo muy profundos. Es vano y superficial pensar que el Yo surge cuando se le ha liberado de todas las trabas, afectos y compromisos —prejuicios u obstáculos, en lenguaje racionalista— del mundo circundante. Antes al contrario, su propia vida es entrega, autorrevelación, supuesto que —como se lee en la Escritura— el hombre gana su ser en la vida.

La literatura típicamente «moderna» fue, en general, un prolongado esfuerzo por liberar a un supuesto núcleo individual, fuente personal de espontaneidad y de verdad, de la *contrainte* objetiva, es decir, de la costumbre y de la ley, de la autoridad, de la misma legalidad lógica. Quizá haya sido Gide quien culminó este anhelo desvinculador que tuvo sus raíces en el individualismo racionalista: "Je me penche vertigineusement sur les possibilités de chaque être et pleure tout ce que le couvercle des mœurs atrophie". Es por este camino, y antes de llegar a la potencialidad vacía o a la nada que habita en ese puro individuo abstracto, por donde la literatura moderna exaltó en su comienzo las pasiones primarias e instintivas, y más tarde la acción contra toda norma, gratuita. «Una cosa permitida —concluiría Gide— no puede ser pura.»

Consecuencia de este imperativo desvinculador hubo de ser el desarrollo de la actitud meramente estética —incomprometida— del hombre. «El ideal de la vida —escribía Middleton— no puede ser más que estético; ningún otro poder fuera de la intuición estética nos permite imaginar y concebir.»

Esta visión del mundo «desde fuera», «como espectáculo», engendró en los albores de nuestra época una actitud desconocida en las anteriores como fenómeno general: el turismo, esa actividad individualista y extrínseca que se desarrolla sobre un valor también desconocido hasta entonces: el valor de lo pintoresco. El turismo y su visión *pintoresca* del mundo no es para muchos hombres de hoy una mera actividad entre otras, sino un cierto objetivo final de sus vidas que se emplean en un trabajo vertiginoso y anónimo —la producción en serie o la burocracia— para resolverse en la adquisición de medios móviles que permitan la evasión turística. En realidad, la visión estética y el turismo, como objetivos vitales inauténticos que son, resultan actividades que se destruyen a sí mismas. El turista busca siempre lo diferencial, lo típico y localizado, es decir, lo comprometido y vinculado a un tiempo histórico, a una situación, a un espacio concreto. Si el modo de vida y la desvinculación del turista se hicieran universales, el mundo humano no ofrecería ya nada a su contemplación puesto que todo se habría hecho extrínseco, no diferencial, anónimo.



Análoga tendencia representó en el orden político el Estado de Derecho del constitucionalismo liberal. Principio neutro de coexistencia, mero guardián de la libertad de todos, el Estado moderno fue uniformador centralista de las instituciones políticas, previa su desvinculación respecto de cualquier forma de historicidad o de contenido diferencial.

Frente a todas estas tendencias —individualismo, esteticismo, liberalismo— provenientes de una común inspiración racionalista, se ha alzado en nuestra época la idea de *compromiso* vital, humano. Sólo conoce realmente el que ama; sólo es libre el que vive y sabe entregarse.

Pero esta teoría del *engagement* se complementa con otra idea que ha tenido un desarrollo y difusión muy inferiores, aunque no sea menor su profundidad y elaboración. Es la idea de *apprivoisement*, que fue, como se sabe, fuente de inspiración en la obra de Antoine de Saint-Exupéry. *Apprivoiser* significa literalmente domesticar. Domesticar no es meramente hacer convivente a un animal, sino captarlo, asimilarlo a la propia vida o al afecto humano. «Hay animales —se dice— que no se domestican, sólo se doman.» Una y otra raíz —*apprivoiser* y domesticar— poseen un significado común: captar, hacer de uno, hacer de casa. En el sentido filosófico en que lo emplea Saint-Exupéry es, como he dicho, noción complementaria del *engagement* o compromiso. El hombre, el sujeto, *s'engage* o compromete; la cosa, el objeto, *s'apprivoise*. Recíproca y simultáneamente.

¿Qué es, pues, *apprivoiser*?

Nadie puede hacérselo comprender mejor que el propio Saint-Exupéry. Oigámosle en su cuento poético «Le Petit Prince», precisamente en el famoso diálogo con el zorro sabio. El Príncipe, un niño que vive, solo, en un diminuto asteroide, viene a la Tierra para conocer a los hombres. Su visión ingenua y directa va a chocar con la de los hombres tecnificados de hoy, «las personas mayores». Es el mismo tema de Saroyan en «El Tigre de Tracy»: el contraste entre la espontánea valoración de las cosas y las categorías de una mentalidad *sofisticada* por la racionalización y el simbolismo abstracto.

El Príncipe tenía en su pequeño mundo una rosa, a la que cuidaba con ternura y con la que dialogaba. La rosa era presumida y se jactaba de ser el único ejemplar de su especie en el universo. El Príncipe acaba de descubrir en la Tierra un jardín de rosas semejantes a la suya y, decepcionado por la insignificancia y vulgaridad de lo que poseía, se ha tendido en la hierba a llorar.

«...Fue entonces cuando apareció el zorro.

—¿Quieres jugar conmigo? —le propuso el Príncipe—. Estoy tan triste...

—No puedo jugar contigo —contestó el zorro—. No estoy *apprivoisé*.

—¡Ah, perdón! —dijo el Príncipe.

Pero, pensándolo, añadió:

—¿Qué significa *apprivoiser*?

—Es algo muy olvidado hoy día. Significa «crear lazos».

—¿Crear lazos?

—Eso es —dijo el zorro—. Todavía tu no eres para mí más que un muchacho en todo semejante a otros cien mil. Y no tengo necesidad de ti. Tu tampoco me necesitas. Yo no soy para ti más que un zorro semejante a otros cien mil. Pero si tu *m'apprivoises*, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Y seré para ti único en el mundo...

—Empiezo a comprender —dijo el Príncipe—. Existe una flor... Creo que ella me ha *apprivoisé*...

Pero el zorro volvió a su idea.

—Mi vida es monótona. Cazo pollos y los hombres me cazan a mí. Todos los pollos se parecen y todos los hombres también. Esto me aburre un poco. Pero si tú me *apprivoises*, mi vida quedará como iluminada. Conoceré un ruido que será diferente de los otros. Los otros me hacen esconderme bajo la tierra. El tuyo me llamará fuera de ella, como una música. Y además, mira... ¿Ves allá los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo es para mí inútil. Los campos de trigo no me dicen nada. Y es triste. Pero tu tienes cabellos dorados. ¡Por eso será maravilloso cuando me hayas *apprivoisé*! El trigo, que es dorado, me hará acordarme de ti. Y me gustará el ruido del viento en el trigo...

El zorro se calló y miró largamente al Príncipe:

—Si quieres... *apprivoise-moi*!

—Querría hacerlo —contestó el Príncipe—, pero no tengo mucho tiempo. Tengo amigos que descubrir y muchas cosas que conocer.

—No se conocen más que las cosas que *l'on apprivoise* —dijo el zorro—. Los hombres no tienen ya tiempo de conocer nada. Compran cosas ya hechas en los almacenes. Pero como no existen almacenes de amigos, los hombres no tienen ya amigos. Si quieres un amigo, *apprivoise-moi*!

—¿Qué hay que hacer? —preguntó el Príncipe.

—Es preciso mucha paciencia —respondió el zorro—. Te sentarás primero un poco lejos de mí, como ahora, en la hierba. Yo te miraré con el rabillo del ojo y tu no dirás nada. El lenguaje es fuentes de incompreensión. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca...

De esta manera el Príncipe *apprivoisa* al zorro. Y cuando se acercó la despedida:

—¡Oh! —dijo el zorro—. Lloraré...

—Tu has tenido la culpa. No te quise hacer daño, pero quisiste que *je t'apprivoise*...

—Así fue —dijo el zorro.

—¡Pero vas a llorar! —dijo el Príncipe.

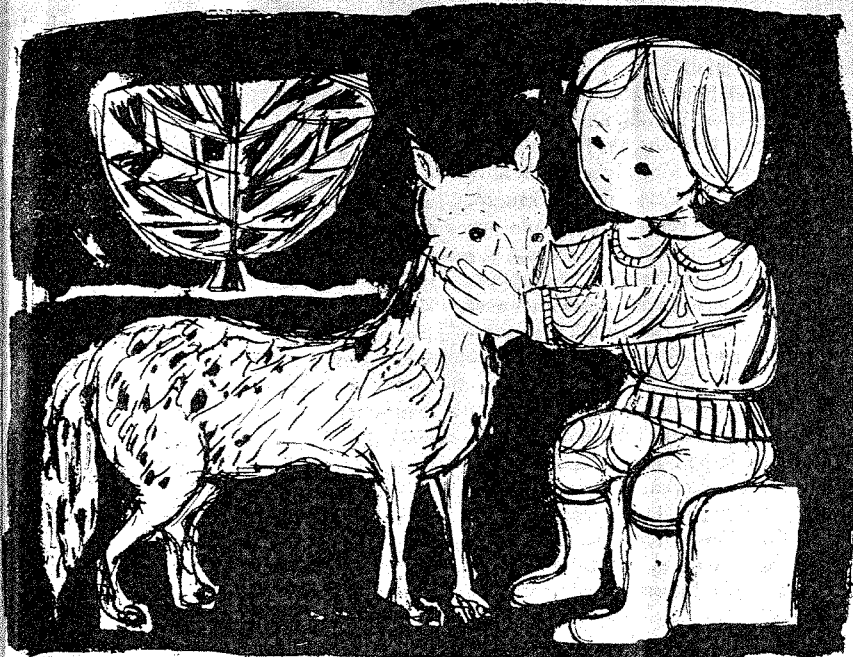
—Así es —dijo el zorro.

—¡Entonces no ganas nada!

—Gano —dijo el zorro—, a causa del color del trigo.

Después añadió

—Vuelve a ver las rosas. Comprenderás ahora que la tuya es única en el mundo. Vuelve a decirme adiós y te entregaré un secreto.



El Príncipe volvió a contemplar las rosas:

—No os parecéis en nada a mi rosa, porque no sois nada todavía —les dijo—. Nadie os ha *apprivoisé* y vosotras a nadie habéis *apprivoisé*. Sois como era mi zorro. Era un zorro como otros cien mil. Pero le hice mi amigo, y ahora es único en el mundo.

Y las rosas se sentían muy mortificadas.

—Sois hermosas, pero estáis vacías —les añadió—. No se puede morir por vosotras. Sin duda, el que pasa junto a mi rosa creerá que se parece a vosotras. Pero por sí sola es más importante que todas vosotras juntas, porque es a ella a la que he regado y abrigado... Porque es mi rosa.

Y volvió al zorro:

—Adiós —dijo el zorro—. Este es mi secreto. Es muy sencillo: no se ve bien más que con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos... Es el tiempo que has perdido con tu rosa lo que la ha hecho tan importante... Los hombres han olvidado esta verdad, pero tú no debes olvidarla. Te haces responsable para siempre de lo que has *apprivoisé*. Eres responsable de tu rosa...

—Soy responsable de mi rosa... —repitió el Príncipe para acordarse.

A una constelación de actitudes, o tendencias que engendró el racionalismo —individualismo, esteticismo, liberalismo— vemos así oponerse otra de actitudes opuestas nacidas de un muy diferente suelo cultural. Ya no va a ser el sujeto un mero receptáculo de la razón, ese instrumento de penetrar un universo ajeno, objeto sólo de conocimiento o de utilización, pero de cuyas vinculaciones debe liberarse el sujeto individual. Al contrario, va a concebirse el sujeto como *irrupción* en un mundo de cuyo contacto, de cuyo compromiso, va a surgir la verdadera inteligibilidad —«no se ve más que con el corazón»—, y a la vez la auto-creación existencial del propio sujeto.

A la actitud individualista va a oponerse de este modo, con toda propiedad, el *engagement* o compromiso. A la consideración estética del mundo que ve en él no más que un espectáculo, se opone, a su vez, la idea de *apprivoisement*, ese acto por el que las cosas se tornan sustancia misma del sujeto, y éste se hace responsable de ellas para siempre.

La tercera de aquellas tendencias, la política —esto es, el liberalismo—, tiene también su correlativa antítesis en la visión existencial de nuestra época. No se trata en ella ya de crear o de mantener un poder racional y neutro que vele sólo por la libertad de los individuos, sino, al contrario, de recuperar —mediante el compromiso y el *apprivoisement*— el universo existencial de grupos y de instituciones que conferían sentido histórico, cordial, a la vida colectiva de los hombres, y la defendían a la vez de las super-creaciones del Estado racionalista y planificador. «Sólo en las instituciones locales y municipales —escribió hace un siglo Tocqueville— reside la fuerza de los hombres y de los pueblos libres.» Y Camus ha podido decir en una de sus últimas obras: «la verdadera liberación del hombre se ha apoyado siempre en las realidades más concretas, la profesión, el municipio, que transparentan el ser, el corazón vivo de las cosas y de los hombres.»

Esto explica el resurgimiento actual del pensamiento corporativo, frente a lo que en Francia se llama *l'univers concentrationnaire de l'avenir*. Los propios partidos y movimientos liberales evolucionan hoy hacia una estructura corporativa de la sociedad y del Estado y hacia formas de representación orgánica. Tal es el caso del conservatismo y del neoliberalismo de Röpke y Lippmann... Tal, incluso, el del que fue teórico del liberalismo español, Salvador de Madariaga, en su reciente libro «De la angustia a la libertad» en el que abandona por irreal la noción de individuo abstracto y trata de edificar la nueva libertad sobre el hombre concreto que se compromete y se asocia corporativa, históricamente.

Compromiso, *apprivoisement* y corporativismo vienen a ser, así, en nuestra época, los correlatos de lo que en el siglo racional fueron el individualismo, la actitud estética y el liberalismo.

